

AYSHA SINGING IN THE RAIN  
**EL CUADERNO BLANCO**



---

Primera edición: marzo 2021

Depósito legal: AL 370-2021

ISBN: 978-84-1398-093-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Aysha Singing in the Rain

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de portada: Macarena Bravo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

---

---

A Isita, a Noe y a Antonio; tíos carnales de esta historia.

A todos esos Leo(s) que se fueron demasiado pronto.

---

---

---

# Capítulo 1

---

—Cuando conocí a Leo, no imaginé hasta qué punto cambiaría mi vida. Y creo que aún hoy sigo sin tenerlo claro. Me resulta complicado calibrar todo lo que me ha aportado en apenas unos meses y cuánto lo vamos a echar en falta. Así que lo resumiré dándole las gracias por haberme regalado una familia.

Bajé de aquel pequeño trozo de madera antes de que las lágrimas me bloquearan la garganta. Casi no conocía a quienes estaban allí, así que no vi adecuado exponerme demasiado. Tomó el relevo Rita, la hija pequeña de Leo; pero me temo que no le presté demasiada atención, pues mi mente viajó unos meses atrás.

Llevaba tiempo pensando que, a pesar de no estar perdida, no terminaba de encontrarme. Estaba acabando la carrera de medicina, a falta de las prácticas; contenta por poder dedicarme al fin a lo que siempre había soñado y triste por dejar atrás esa etapa tan intensa que te brinda estudiar en la universidad. Por otro lado, también tenía un poco de miedo. A mí no me esperaban en ningún lugar, no tenía adónde volver ni nadie que me extrañase si me fuera. Mi padre abandonó a mi madre al saber que estaba embarazada y ella murió en el parto. A mis dieciocho años, mis padres adoptivos fallecieron en un accidente de avión. Yo ya era mayor de edad y ellos me habían dejado un pequeño ático y dinero suficiente para, al menos, seguir estudiando (estaba en primero de medicina) y subsistir unos años; de modo que no hubo nece-

---

sidad de buscar una nueva familia. Resumiendo, cuando acabara la carrera, podía quedarme o irme a cualquier rincón del mundo. Ansiada libertad, enorme responsabilidad. Podía decidir casi cualquier cosa, y eso asusta bastante.

Intenté ser positiva, pensar en toda esa gente a la que no le gusta su vida y no tiene la opción de cambiarla o está atada de algún modo. Yo tendría el título que me abriría las puertas de lo que siempre quise ser, algo de dinero y nada ni nadie fijo en ninguna parte; salvo mi apartamento, pero siempre podía alquilarlo o dejarlo cerrado, no era un motivo para amarrarse. Así que mi vida era un precioso cuaderno blanco para escribir solo a mi modo. Hostia, qué presión.

Podría agarrarme al tópico de que no tuve una vida fácil, pero no estaría siendo sincera. Podría autocompadecerme pensando que mi padre no me quiso, pero eso tampoco era cierto; mi padre no quiso ser padre, no fue nada personal. No dejaba de ser triste que mi madre, que sí estaba por la labor, muriera al dar a luz; pero, siendo pragmática, no llegué a conocerla. Así que me quedé con sus buenas intenciones, un cincuenta por ciento no es tan mala fortuna después de todo.

De mi madre biológica solo tenía una foto que mi madre adoptiva recibió al conocerme. Respecto a las familias de mis progenitores nunca quise indagar. Me adoptaron dos buenas personas que no podían tener hijos a pesar de no desear otra cosa y me dieron una vida más que decente. Cómoda, aunque sin excesos; segura y feliz. Me educaron desde el respeto y la libertad de dejarme ser yo misma y, cuando murieron en aquel accidente, decidí que sería muy desconsiderado por mi parte tomar un mal camino. Así que giré en la otra dirección, en la que me permitía agradecer todo el cariño y todos los esfuerzos que habían hecho por mí las personas que me habían querido. Seguí estudiando, luché por cumplir mis sueños y procuré también vivir mientras tanto.

---

Cuando mis padres murieron (los adoptivos), decidí buscar trabajo, sabedora de que la cuenta del banco no era un manantial. Quería algo que no me enganchara demasiado y me dejara tiempo para estudiar. Así que, después de un par de vueltas, encontré un puesto en Los tesoros de Clara, una tienda de regalos cerca de mi casa. Era un local pequeñito en el que se podía personalizar todo tipo de cosas para regalar. Como siempre me había gustado leer y también la música, pensé que podría ser de ayuda cuando viniera alguien que no tuviera muy claro qué poner. Además, la dueña era un encanto y me dejaba estudiar cuando no había clientes. Clara, que así se llamaba, tenía setenta y cinco años y no había tenido hijos. Su hermana había muerto y su sobrino llamaba un par de veces al año. Por lo que éramos dos almas solitarias que vivían en simbiosis y se hacían compañía.

Decidí también darle un cambio de imagen al piso de mis padres, su única pertenencia aparte del dinero. Estaba en pleno centro de una ciudad mágica, cuyo nombre me reservaré. Tenía dos habitaciones bastante amplias, un salón separado de la cocina por una barra americana, un baño en suite y uno con ducha en el pasillo. Y, arriba, ocupando la misma superficie que el piso, una bonita terraza que regalaba una vista espectacular. Reflejaba muy bien la vida de mis padres, confortable y sin aires de grandeza. Era una pasada pero, ahora que iba a ser solo mío, tendría que darle mi toque personal. De modo que me hice un despachito en la terraza, tiré el baño en suite entero y lo cambié por un jacuzzi, me mudé a la habitación principal y transformé la mía en un vestidor. La cocina y la escalera me gustaban y me traían recuerdos de la infancia, por eso fueron las partes que conservé tal cual. Elegí unos muebles sencillos, en tonos grises combinados con blanco tiza. Y lo decoré todo con fotos y láminas sin marco; solo unas cuantas, para dar calidez sin agobiar.

Echaba de menos a mis padres, claro está, nunca ha desaparecido esa sensación de soledad tras su muerte; pero aquel lavado

---

de cara me hizo la pérdida un poco menos evidente. Tenía que empezar de cero y no era justo hacerlo cargando con más dolor del estrictamente necesario.

Así que allí estaba yo, en la tienda de regalos, a punto de cerrar y haciendo recuento y balance a pesar de no ser Nochevieja. Me quedaba un cuatrimestre y el curso de prácticas, llevaba todo aprobado hasta la fecha y, en general, era feliz. Tenía la vida perfectamente organizada y, en breve, tendría, además, la opción de ser médico.

Pero, como ya he dicho, aun con todo eso, no terminaba de encontrarme. Porque, aunque el amor no fuera mi prioridad, tenía algún capítulo sin cerrar por ahí. Mi historial sentimental se reducía a un amor casi platónico de los trece a los diecisiete, un número considerable de amantes y un quebradero de cabeza que venía durando ya unos tres años. No estaba mal para tener solo veintiuno.

Un día de tantos en los que no había recibido ningún mensaje de Aarón (el aludido en el párrafo anterior) y estaba un poco harta de esperar, decidí montarme mi fiesta de la primavera particular. Cerré la tienda y me fui al Little Island a tomar unos margaritas, ¿hay algo más primaveral que las flores y las islas paradisíacas?

No me malinterpretéis, no suelo beber; pero ese día quise hacer algo especial y despejar algunas nubes de mi cabeza (continuando con la temática estacional y/o climática). Al menos, por un rato. Me senté al fondo, en una mesita baja con dos sillones mulliditos y acogedores; donde siempre, vamos. Maya, mi camarera de cabecera/boceto de amiga, se sorprendió cuando le pedí un cóctel con toda la parafernalia que le fuera posible y cumplió mi deseo con expresión divertida. No sabría decir con exactitud cuántos fueron porque, a partir del tercero, todo se tornó un tanto borroso. Cerré los ojos un momento para que la habitación dejara de dar vueltas y, al abrirlos, había un señor en el sillón de al lado.

---

—Esto está de bote en bote y no soy muy amigo de las barras, ¿te importa que me sienta contigo? —saludó, sonriendo ligeramente.

—Creo que es tarde para esa pregunta, ya estás sentado —respondí con sorna, intentando no resultar borde.

—Siempre puedo volver a levantarme, no soy un árbol —contestó en el mismo tono.

Lo estudié con atención unos segundos. Era alto y atractivo; de una edad muy bien disimulada, de no ser por algunas vetas plateadas en su pelo. Además, parecía agradable. ¿Por qué no?

—No, puedes quedarte. De momento... —sentenció con la lengua poco ágil y él respondió con una bonita sonrisa, grande esta vez.

Me gustaría contaros de qué hablamos, pero me temo que no tengo esa información, que debió de derretirse en mi cerebro a la vez que el hielo de lo que fuera que él estuviera tomando. Lo último que recuerdo haberle escuchado fue su nombre, Leo; como Leonardo Da Vinci, apuntó como coletilla. Por cierto, yo soy Valentina.

\*\*\*

Como persona abstemia, nunca había llegado a entender cómo puede alguien no recordar lo que ha hecho y, precisamente por serlo, lo descubrí rápidamente el único día que decidí salirme del tiesto. No preguntéis cómo pero lo cierto es que, a la mañana siguiente, me desperté con un dolor de cabeza homologado por industria y en una cama que no era la mía. Al principio no me di cuenta, porque era igual de grande pero al entornar los ojos y enfocar (con bastante dificultad), me vi en un espejo. El hallazgo me costó un susto considerable hasta que me reconocí. Odio los espejos en las habitaciones por una sencilla razón: ¿y si un día me da por mirar y tengo compañía? No sé si se me entiende. Bueno,

---

da igual. El caso es que seguí mirando a mi alrededor y no reconocí nada, además de a mí misma (que tampoco fue de inmediato, todo hay que decirlo, porque tenía un aspecto deplorable).

La habitación solo tenía en común con la mía el tamaño propio y el de la cama. Por lo demás... madera antigua, cortinas con su visillo incluido, lámpara de araña y mucho cuadro. Lo que viene siendo una habitación clásica (educadamente hablando). Así que empecé a sospechar que estaba en una casa más o menos grande.

Como no tenía la menor idea de dónde me encontraba ni con quién, pero todas mis cosas andaban por allí (lo cual indicaba que no me habían secuestrado), me permití el lujo de entrar al baño, vestirme, peinarme y adecentarme un poco en general. Cogí mi bolso, miré a mi alrededor y, una vez hubie recogido todo lo que era mío, me encaminé hacia la puerta. Esta me dejó en un pasillo con más puertas, todas cerradas... También odio las puertas cerradas, como en la casa de <<Los otros>>. Es poco práctico si vas a oscuras o con las manos llenas, y un poco siniestro. ¿Por qué aprisionar algo tan libre como la luz?

A punto estaba de bajar el primer escalón cuando se abrió una de las puertas y una voz masculina pronunció mi nombre. Me giré entre sobresaltada e impaciente por saber dónde carajo estaba y, en un principio, el dueño de la voz no me sonó de nada. Me miró expectante y un poco extrañado al no obtener de mí más que unos ojos exageradamente abiertos y unos labios apretados hasta casi desaparecer.

—No irás a decirme que no te acuerdas de mí —dijo, rompiendo al fin el silencio y mi respuesta fue fruncir el ceño y ladear ligeramente la cabeza, como si estuviera conteniendo un gas o invitándolo a salir más deprisa. Él estalló en una carcajada sonora—. Vale, ya veo que no. Te invito a desayunar, te cuento y te llevo a casa.

Yo asentí con la cabeza, no muy convencida. Pero, total. No tenía ni idea de dónde estaba. No había muchas más opciones.

---

Por el camino me recordó que se llamaba Leo, que me había visto sola en el Little Island, que se había sentado conmigo y que nos habíamos contado muchas cosas. Genial, él jugaba con ventaja; porque, aunque me habían venido flashes según hablaba, el contenido de la conversación había pasado a mejor vida y ahora se encontraba en el cielo de los dinosaurios y otras cosas extintas. Descanse en paz.

—Entonces... ¿Hemos... pasado la noche juntos? —me costó encontrar las palabras adecuadas porque es difícil definir algo que no sabes cómo ha sido. Y él parecía estar disfrutando mucho; así que no me ayudó, sino que esperó pacientemente a que terminara mi pregunta.

—Parece ser que sí —apuntó, divertido.

No me tapé la cara con las manos porque yo no hago esas cosas y porque no era el primer hombre con el que intimaba pero... Me sacaba más de veinte años y no le conocía de nada. ¡Maldición! Ya no podría seguir diciendo que nunca me había ido con un tío la primera noche.

Me llevó a una cafetería preciosa. De estilo francés. Con las sillas de corte antiguo, de metal negro, imitando al hierro. Me recomendó un té llamado <<sueño de chocolate>> y una tostada de pan de centeno con aceite, tomate y albahaca. Por lo visto, le había contado que me gustaba la comida saludable y esa era la característica principal de aquel sitio. Me encantó. Todo.

Cuando me dejó en mi casa, me preguntó si podía invitarme a cenar. Era todo realmente extraño. Lo que había pasado, la forma... No sé, había cosas que no encajaban. Por no hablar de que podía ser mi padre. De hecho... No conocía a mi progenitor, podía serlo de verdad, no solo por la edad que me sacaba; ya me entendéis. Qué marrón, ¿no?

Sin embargo, acepté la invitación. Aunque... ¿Y si lo era? Nunca tuve interés en conocerlo pero, ¿y si él sí? Ahora ya no tenía a mis padres adoptivos, nadie se iba a sentir ofendido. Pero

---

qué va... No. No podía ser. Había reconocido que habíamos pasado la noche juntos. Si lo era, él tampoco lo sabía y, en ese caso... ¡Qué asco!

—¿Dejaste embarazada a una mujer y luego huiste hace veintidós años? —me sorprendí preguntando con la voz muy aguda y sin acierto ni concierto, como si el acto de hablar fuera un mero arco reflejo que no pasa por el procesamiento cerebral.

—No que yo sepa... —respondió, con su sonrisa enorme y los ojos curiosos, pero sin perder la compostura ni la elegancia que lo caracterizaban, divertido pero tranquilo.

Vale, no era mi padre. Ese maldito sí sabía lo que había hecho. Crisis del incesto resuelta con maestría. Bueno, resuelta a secas...

—Vale, puedes recogerme el viernes a las nueve y media aquí mismo.

—A sus órdenes.

—¿Tengo que ponerme muy guapa?

—Es difícil en tu caso no hacerlo; pero iremos a un sitio bonito, tú misma.

Me guiñó un ojo, cerré la puerta del coche y me fui. No eché a correr por vergüenza pero, dios, qué surrealista era todo. Miré el reloj y eran apenas las diez. Si me daba prisa, no me perdería más de dos clases. Aunque, la verdad, podría no haber ido ese día, para lo que me cundió... La cabeza amenazaba con estallarme y no solo por el dolor, sino también por todas las preguntas que daban vueltas en su interior.

¿Sentía algo por Leo? Era raro. Me gustaba su compañía pero... La verdad era que no pensaba en acostarme con él. Y no es que me valga cualquiera, pero tampoco soy una puritana. El caso es que, a pesar de ser muy interesante a todos los niveles, no me atraía sexualmente. Sin embargo, me apetecía aquella cena y él no parecía buscar nada más. Había sido educado y correcto durante el desayuno, ni un solo signo de intimidad entre nosotros. No perdía nada por probar. Leo tenía una edad y un saber

---

estar que me daban la tranquilidad de que no pasaría nada que yo no quisiera, así que decidí dejar de darle vueltas al asunto. Total, era miércoles, aún tenía dos días para pensarlo. Y sí, me había emborrachado un martes, ¿qué pasa? Quizá debería haber hecho caso a aquello de, en martes, ni te cases ni te embarques ni vayas a ninguna parte. Pero no estaba el horno para el refranero, no había tenido un día para ser sensata. Y tuvo un broche final acorde al resto.

Salí de clase, almorcé con prisa y paré en Little Island a tomarme un té para espabilarme. Sí, era mi cuarta casa, después de mi apartamento, la facultad y la tienda. De hecho, tal vez mi cuarto hogar fuera el apartamento si nos basamos en el tiempo que pasaba en cada uno de esos sitios. Ese lugar me encantaba. Lo mismo te tomabas un té, que un zumo, que un batido, que cualquier cosa alcohólica que pudieras imaginar (incluidos tés, zumos y batidos; tuneados, claro).

—¡La gran estrella de los martes! —gritó Maya al verme entrar.

—Calla, loca; ¿quieres que se entere todo el mundo? —le chisté sonrojada.

—Si no te conoce nadie... Además, anoche había más gente que hoy, petarda —respondió con el descaro que le caracterizaba.

—Podrías haberle dicho que me dejara en casa, bonita —espeté con un enfado muy falso.

—Vaya, ya habláis igual. En su caso lo entiendo pero, en el tuyo... sabes perfectamente que no tengo ni pajolera idea de dónde vives, chata. Él también me lo preguntó y le respondí que esto no era una película americana.

—Es verdad, qué mal, te lo apuntaré para la próxima.

—Uh, para la próxima. ¿Vas a aficionarte a caer inconsciente? Qué engañada me tenías.

—¿Has comido payasitos hoy? —zanjé la conversación, haciéndole burla.

---

Entre tanto, ya me había puesto mi té favorito no muy caliente para que pudiera tomármelo rápido e irme a abrir la tienda.

A eso de las siete, Clara me mandó a casa. Me dormía por los rincones y, supongo que por la lluvia, no habían entrado ni tres personas en las dos horas que estuve allí. Me dijo que no le importaba quedarse sola, que me fuera a descansar. No me malinterpretéis, no soy de las que se escaquean del trabajo (demasiadas primeras veces en menos de veinticuatro horas, lo sé) y jamás se lo habría pedido, pero me seguía dando vueltas todo, así que agradecí al cosmos su ofrecimiento y llegué a mi piso tan rápido como Steve Urkel llegaba a casa de los Winslow antes de que Carl tuviera tiempo de colgar el teléfono siquiera.

Solté todo de cualquier forma, me di la segunda ducha del día y caí en la cama como una bendita. Mañana sería otro día... Nunca entendí cómo no le dieron un premio o algo a quien acuñó semejante joya de la semántica. Modo sarcástico y luces off. Buenas noches.

\*\*\*

El jueves, con nueve horas de sueño a mis espaldas y un poco de tiempo transcurrido, empecé a ver las cosas de otra forma. No sabía quién era Leo pero daba la impresión de ser un buen tío. Yo estaba soltera y él no parecía exigir mucho. No perdía nada por probar. Me concentré en las clases, me comí un sándwich repantingada en el sofá y me fui a la tienda sin tomar té esta vez. La lluvia del día anterior había cesado (y la de mi cabeza también), así que hubo algo más de trabajo. Vino una chica a comprar unos posavasos en forma de discos de vinilo en los que pidió grabar <<eres mi música favorita>>, una señora que se llevó una bufanda preciosa para bordarla ella misma y un chico que buscaba algo para su novio. Estuve sola toda la tarde, excepto en los momentos en los que entraban clientes, así que puse al día los apuntes. Clara

---

andaba dando un paseo y me preocupaba un poco que tardara tanto en volver, pero pensé que se habría encontrado con alguien.

Cinco minutos antes de cerrar, apareció. Había estado paseando por la playa y <<visitando>> a su marido en el cementerio. Se había sentado en un banco y, con la penilla, se había quedado dormida. Pobre... Supongo que no es lo mismo estar sola a los veintiuno que a los setenta y cinco. Me invitó a cenar y me quedé. Por ella, por mí y por lo bien que cocinaba. Tenía media tortilla de patata del almuerzo y la había acompañado con un caldito de pollo. Todo casero y muy rico. La dejé metida en la cama, después de cenar y ayudarla a recoger, y me fui a casa.

Me di una ducha, me puse el pijama, cogí el móvil y el libro que andaba leyendo (Alguien que no soy, de Elísabet Benavent) y subí a la terraza.

En la parte cerrada, tenía un bonito escritorio que sostenía un cactus (único ser vivo del que me veía capaz de cuidar), un lapicero a rebosar, mi portátil y dos altavoces; había detrás una silla bonita y cómoda, merecedora de habitar allí; también una lámpara de pie situada entre el escritorio y un sofá que imitaba a un columpio y colgaba de una de las vigas; al lado del escritorio, una estantería ocupaba uno de los muros grandes y, en un rincón, cerca del sofá, una chimenea eléctrica cerraba la composición. Todo en forja de color gris oscuro. Para rematar la estampa, la pared hacia la que estaba orientado todo y el techo, eran de cristal.

Allí estudiaba, leía, dormía la siesta, cantaba a grito pelado, miraba las estrellas y la ciudad, soñaba despierta... Era mi rinconcito en el mundo y casi sobraba el resto del apartamento. En la parte abierta de la terraza tenía dos hamacas porque, aunque el amor nunca me había obsesionado, tampoco desechaba la idea de tener compañía, sin plantearme nada más ni descartarlo tampoco. Con mi historial familiar, siempre creí que era mejor fluir que forzar.

Me tumbé con mi libro y mi mantita de piedrecitas grises y estuve un momento observando las estrellas. ¿Cuáles de ellas serían

---

mis padres? Yo era una persona muy pragmática, había estudiado medicina. Pero creo que todos necesitamos un consuelo o algo a lo que aferrarnos ante algunas cosas que al corazón le cuesta entender.

Me di cuenta de que no había mirado el móvil en todo el día, así que lo cogí. Había un mensaje de Vodafone y un whatsapp de Leo. ¿Cuándo había memorizado su número? Qué desastre... Al lado de su nombre, como era costumbre en mí, había puesto dos emoticonos: un león y una paleta. Leonardo Da Vinci... Sonreí.

—¿Sigue en pie lo de la cena? —decía.

—¿Por qué no? —respondí sin pensarlo mucho.

—Llevaré una chaqueta gris, por si no me recuerdas —escribió enseguida y lo adornó con un emoticono que sacaba la lengua.

—No te preocupes, vas a recogerme en tu coche, de él sí me acuerdo —contesté con un guiño. Su respuesta fue una cara y una pistola de agua apuntándole la sien seguidas de un <<buenas noches>> que yo rematé con un <<hasta mañana>>.

Dejé el móvil en el escritorio, abrí el libro y me sumergí en la historia de Alba, Hugo y Nico. No me costó concentrarme, no parecía que Leo fuera a darme mucho dolor de cabeza. No como Aarón, que en ese sí pensaba; tanto como tan poco pensaba él en mí al parecer. Pero bueno, ¿qué más daba?

Hacía un poco de frío y barajé la posibilidad de encender la chimenea. Apenas a principios de marzo y en una azotea con el techo y una pared de cristal, se notaba un poco que aún no era primavera. Pero eran casi las doce y el próximo sería un día intenso, así que cogí el móvil y me fui a dormir.

Tuve un sueño muy extraño esa noche. Mis padres (los tres) y un señor que no conocía de nada tomaban café en el salón. Yo les hablaba pero ellos no me veían ni me escuchaban, solo el hombre desconocido me sonreía y alargaba la mano invitándome a cogerla. Cuando estaba a punto de hacerlo, un ruido me sobresaltó.

---

Me levanté a ver qué pasaba y, después de revisar todo el piso, subí las escaleras y vi que la puerta de la azotea no estaba cerrada. Seguramente habría sido un portazo lo que me había despertado. Salí, vi que estaba todo en orden y que se había levantado bastante viento, cerré y volví a bajar.

Pero ya no pude dormirme. Eran las seis de la mañana y me había quedado un poco inquieta; así que me vestí, recogí el piso, cogí las cosas de clase y me fui al Little Island, que abría a las ocho. Como ya os he dicho, servían casi de todo y los desayunos no eran una excepción. Decidí empezar el día con fuerza y me pedí un batido de chocolate y plátano y una tostada integral con pavo y aceite.

Martín, el camarero del turno de mañana, era bastante más tímido que Maya. Así que solo sabía su nombre y porque lo llevaba escrito en el identificador de la solapa. Era Martín a secas. No como Maya, que se había puesto <<Maya la intrépida>>. Qué loca estaba... Me reí. Miré a mi alrededor y apenas había tres mesas ocupadas, contando la mía. En una había un chico alto, moreno, con unos ojos castaños grandes y bonitos; bastante bien vestido. Me sonaba pero estaba segura de que no lo conocía de nada. Tal vez lo había visto por allí alguna vez. O en mis sueños... En la otra mesa, una mujer con vaqueros, americana y stiletos negros; camisa rosa palo y una coleta alta y larguísima. Me recordó a Alba, la del libro que estaba leyendo, y me hizo preguntarme por dónde le llegaría el pelo al soltárselo. Me encantaban esas coletas y yo también tenía el pelo muy largo pero no tanto como para una así.

Terminé de desayunar, cogí mis cosas y fui a la barra a pagar. Dejé algo de propina pero menos de lo que solía dejarle a Maya. Para mí, la propina se ganaba con buen servicio y simpatía y Martín solo dominaba una de las dos cosas. Salí del local y me fui andando a la facultad, siempre me ha gustado caminar y lo hago cada vez que puedo, me alivia el peso del cuerpo y del alma.

---

El sol apenas despuntaba, por lo que aún hacía un poco de frío. Me anudé bien el pañuelo que llevaba al cuello y apreté el paso. Llegué en apenas veinte minutos y me paré a hablar con un grupo de compañeros que estaba en la puerta.

—Hay una fiesta esta noche en El bar de la esquina, ¿te apuntas? —me invitó Marta. Y sí, el bar se llamaba así. Estaba en una esquina y era un nombre pegadizo, bien por Malcom; un inglés de unos cincuenta años que se vino a Andalucía a los treinta buscando el sol y acabó encontrando también a Lola, una española muy guapa y muy salada.

—Te lo agradezco pero no voy a poder —respondí, esperando que no sonara a excusa.

—Durará hasta tarde, pásate si cambias de idea.

—Ok, gracias.

La clase de neurología estuvo muy interesante, como siempre. Y el resto de la mañana pasó rápido. Al llegar a casa, decidí que tenía más sueño que hambre y me eché una siestecilla. Cogí unas uvas y unos frutos secos y me fui a trabajar.

Vendí unas cuantas cosas, merendé con Clara y cerré a las ocho, como siempre. Como había cenado con ella la noche anterior, ese día no tocaba invitación; así que me ahorraría dar explicaciones. Mejor, era un poco pronto para explicar algo que ni yo misma entendía muy bien.

Me fui a casa, me duché y me encaminé hacia el vestidor. Iba a cenar con un hombre maduro y distinguido en un sitio, según él, bonito. ¿Qué podía ponerme? Abrí el armario de par en par y vi mi falda negra, estrecha y por encima de la rodilla, y me pareció buena idea. La conjunté con un top también negro y suavicé tanta oscuridad con unos zapatos turquesa. Me hice una trenza despeinada para quitar seriedad a mi atuendo y cogí mi abrigo tres cuartos también negro.

Cuando salí del portal, Leo esperaba apoyado en su coche y me recibió con una gran sonrisa, como era costumbre en él.

---

—Buenas noches. ¿Qué tal? —saludé tímidamente.  
—Preciosa, como siempre —respondió.  
—Me refería a ti —contesté, ruborizada.  
—Afortunado, también como siempre —dijo, mientras me abría la puerta del coche.  
—Gracias —sonreí. Era todo un caballero. <<Estos ya no los fabrican>>, pensé y me reí para mí misma.  
Cerré mi puerta, subió al coche y nos fuimos.

\*\*\*

En las películas y series americanas, al llegar al restaurante, dejas la llave al aparcacoches y tú te limitas a disfrutar de la noche. En la vida real, en la mayoría de los sitios, das al menos un par de vueltas antes de conseguir aparcar; en el mejor de los casos.

—Intentaré no aparcar muy lejos, esos zapatos tienen pinta de ser igual de incómodos que bonitos —comentó Leo.

—No te preocupes, nos llevamos bien; caminar no será un problema —respondí amable y extrañamente relajada. Supongo que es lo que ocurre cuando no sientes la necesidad de impresionar a la otra persona.

Cuando bajé del coche, Leo me esperaba al lado de mi puerta y me tendió el brazo. Enhebré el mío en el suyo con una sonrisa y caminamos unos cinco minutos desde el coche hasta el restaurante, en cuya puerta nos recibió un cartel que nos daba la bienvenida a <<El diamante>>. Atravesamos un pequeño pasillo y abrimos una segunda puerta, hasta la que se acercó un camarero.

—Buenas noches, ¿mesa para dos?

—Buenas noches. Tenemos una reserva a nombre de Bovari —respondió Leo con un bonito acento, ligeramente enfático al pronunciar su apellido.

—Sígueme, por favor.

---

Nos llevaron a una pequeña mesa situada al fondo, justo al lado de una cristalera que dejaba ver las luces de la ciudad. Miré a mi alrededor y tuve la misma sensación que en La vie en Rose, la cafetería a la que Leo me había llevado días antes. Ambos eran lugares bonitos, elegantes, con encanto y, a la vez, sencillos. Los camareros eran educados pero sin florituras, el servicio era estu-pendo; no daba la impresión de estar en una película, sino de cómo sería el mundo si todos fuéramos civilizados. Acogedor se-ría el adjetivo más adecuado.

Leo me observaba y sonreía cuando mi cara expresaba emo-ciones como sorpresa o algún tipo de placer. Parecía cómodo con el silencio y eso lo teníamos en común. Pero tendríamos que co-nocernos.

—Así que te llamas Leonardo Bovari —dije al fin.

—Ajá.

—¿Eres italiano?

—Mis padres, más bien. Yo nací allí pero vine a España con cinco años.

—¿Qué significa tu apellido?

—El que cuida del rebaño.

—Qué bonito. ¿Y de quién cuidas tú?

—De quienes me lo permiten.

Me encantaba esa forma tan suya de responder raudo y veloz, con agudeza y sin una pizca de arrogancia. Me disponía a profun-dizar más en el tema pero vino el camarero a dejarnos la carta y a tomar nota de las bebidas, así que me olvidé del asunto.

—¿Qué les apetece tomar?

—¿Te gusta el vino? —me preguntó Leo.

—Solo si tiene burbujitas —respondí tratando de parecer in-fantil.

—Pues tráiganos un espumoso, por favor —solicitó al cama-rero, sonriéndome a mí.

—Tenemos... —comenzó a decir este, pero Leo le interrumpió.